

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

DE SOBREMESA—Por José Asunción Silva—Bogotá - Colombia.

La Biblioteca Schering Corporation de Cultura Colombiana, ha reeditado la obra **De sobremesa**, de José Asunción Silva, con ocasión del centenario del poeta. En esta forma, vuelve a nosotros esa novela amarga, desencantada, producto de un fin de siglo “en que muchas cosas bellas del cielo y de la tierra tocaban a su término”, para usar la sentencia hermosa y patética de Rafael Maya. Es posible que **De sobremesa** haya perdido la vigencia, el escándalo, las voces airadas de burgueses y puritanos con que fue recibida en su tiempo. El mundo ha evolucionado mucho de aquellos días a esta hora amarga y sin felicidad. Esta literatura morbosa, delicuescente, patéticamente inútil, no puede conmover a las nuevas generaciones colombianas. No obstante el talento de su autor, su amor por las flores exóticas, los camafeos, los tapices sordos, el embrujo de joyas de brillo espectral, el sabor de caricias aciduladas que dejaron en él un poco de hastío, una breve colina calcinada, cuya ceniza se perdió en la memoria de quienes se acercaron a este credo estético, a formas y melodías que tenían tanto de reminiscencia libresca, de influjo literario de los poetas franceses.

El autor de esta novela, poeta crucificado en un Gólgota de oprobio por la estulticia de su tiempo, aparece aquí como discípulo de Huysman, el escritor francés que realizó verdaderas orgías con las palabras, en novelas como **Allá lejos**, fruto de una atmósfera literaria cálida, hedonista, en la cual los sentidos se entregan al goce ávido de las cosas, a extraer del mundo circundante lo mejor que pueda ofrecernos en bocas, sexos, perfumes, licores, mármoles, pinturas, esculturas, sabores, olores. Todo aquello que tenía mucho de postizo, afectación de temas, mentiras prohibidas como alcoholes de alucinación.

Silva —el mejor poeta de Colombia en toda su historia— fue un sibarita completo. Lo enloquecían los perfumes, el ardor y nácar de la piel de una mujer joven, resplandeciente de belleza turbadora, la belleza repulida de camafeo de un soneto de alto coturno, las teorías estéticas más audaces, las músicas de los poemas de Gabriel D'Annunzio, el romanticismo

lloroso de memorias de Gustavo Adolfo Bécquer, en fin, todo lo que rezumaba arte, inspiraba poesía, crecía en cálices nocturnos, bajo emanaciones espesas de aroma, de incienso, verdaderas estaciones lunares particularmente si las miramos sumergidas en este trópico virulento, donde es preciso vivir elementalmente, con rusticidad noble, sin desentendernos de nuestro ser y sus limitaciones.

Hoy **De sobremesa** nos produce un poco de cansancio. No corresponde a lo auténtico, al límite de nuestra sombra. Vago credo estético, flor de invernadero. Mensaje que se hace monólogo. Girón de paisaje lejano. Neurastenia de un mundo que comienza a pudrirse por sus cuatro costados. Fuga lenta y sonámbula de un poeta que quisiera fugarse de un mundo concreto, restallante y áspero, materialista y voraz, para hallarse a solas con la mujer como una crisálida conturbadora, racimo de azahares y de lágrimas. Poeta maldito en su ciudad natal, donde lloran las campanas monjiles, el verso tiene vuelo de ave de corral, las rarezas rubendarianas todavía no han logrado aclimatarse. Medallones dannunzianos, perversos, frágiles, torturados. Literatura de ocasión y remedo de otras culturas. Novela esta sin mayor trascendencia para quienes vivían el afán urbano de una pequeña ciudad, en cuyas madrugadas el garabato de la silueta de un fraile parecía ahogarse en la bruma de las esquinas. Viaje oscuro por lejanas lagunas de maleficio. Corbatas dignas de Brummel, pañuelos de fino encaje, elegancia francesa, y hastío infinito, tedio de vivir, ese mal también de fin de siglo que hiciera posible la novela *Ifigenia*, de Teresa de La Parra, una criatura celestial, temprana viajera hacia lejanas Estigias.

Silva nos dejó sus intenciones y sus credos en esta novela, sus finalidades, oblicuas o enmascaradas. Pero siempre refinadas, vida palpitante por lo dolorosa, artista puro, pequeño Nazareno que al fin encontró su crucifixión en un revólver que lo liberó de deudas, chabacanerías, murmuraciones, y del can amarillo de la ruina económica. Su nombre de poeta es honra de Colombia, no obstante sus naturales limitaciones.

* * *

LOS DOMINICOS EN PANAMA—Por Fr. Alberto
E. Ariza S., O. P.—Bogotá - Colombia.

Sabemos agradecer a fray Alberto E. Ariza S., O. P., el envío de su interesante libro histórico **Los dominicos en Panamá**. Es una obra escrita con noble intención intelectual y con el deseo de que no se pierda la tradición de trabajo, sabiduría, tesonero esfuerzo de los hijos de Santo Domingo de Guzmán, en el desarrollo de la nación panameña. El libro, erudito y de fácil lectura, trae una visión completa y ceñida a la verdad, de lo que es Panamá, la desmembración de Colombia, los avatares de una lucha por conquistar un sitio en la cultura del continente. Y naturalmente el trabajo infatigable de los padres dominicos, quienes, en su tarea educativa y religiosa, no se han dado tregua en fundar conventos, colegios, claustros universitarios, todo ello para beneficio de la juventud y mayor resplandor de la fe de los católicos. Obras como esta son de suma utilidad en un tiempo

de ávido materialismo, cuando pocas gentes conocen la tradición de una comunidad como la de los dominicos, beligerante, fundadora y ejemplar en su docencia celestial y terrena.

* * *

RIO Y TARDE VIAJANDO—Por Carlos E. Mesa C.,
m. i.—Medellín - Colombia.

Nobles y fragantes estos poemas en los cuales, su autor, Carlos E. Mesa C. m. i., nos ha dejado su mensaje lírico. De una suave fragancia y escarchado de un fresco rocío de amanecida. Trémula zampona, sin elucubraciones ni jeroglíficos. Desnuda la pura fuerza del candor. Estalagmitas que tiemblan con una luminosidad que conforta y reconforta. Cántaro de agua pura en cuyo fondo tiemblan imágenes de cristalina presencia. Campos de Castilla, alcores, ocres barrancos, aguas serenateras, paz de los cortijos, todo ello nos viene en este libro de poemas que se abre una vez y se vuelve nuevamente en busca de esos caminos de un lirismo transido, sin afeites retóricos, ni complicaciones metafísicas. Que nos recuerda, tanto a Enrique de Mesa, ese pastor de estrellas y sosegador de ritmos, gloria de España. **Río y tarde viajando**, es, en verdad, el más peregrino viaje por paisajes que se nos enredan en el alma para siempre.

* * *

CASA DE CARACOL—Por Helcías Martán Góngora—Poesía—Editorial Guadalupe—Bogotá - Colombia.

El mar se nos entra con su larga cola de agua al abrir este encantado caracol donde Helcías Martán Góngora ha dejado su testimonio marino, su amor por puertos, islotes, viejos barcos, gaviotas, velas destrozadas, amores que hoy son apenas una raya en el agua. Poesía trascendente, hermosa y patética. Sin esas nocivas influencias que ahogan, entre un coro de voces, la obra de otros liridos, acaso más atentos a otros meridianos intelectuales, sin suficiente fuerza personal para lanzarse a una travesía que, en definitiva, es aventura, cielo abierto, testimonio y dolor. Helcías Martán Góngora viene cumpliendo un itinerario iluminado. Tiene mucho de océano líquido toda su obra, en la cual la nostalgia, la llovizna pertinaz, el corazón en desvelo, son improntas que nadie podrá desconocerle. Ser poeta y no parecerlo conlleva muchos peligros. Uno de ellos la propia isularidad. El quedarse frente a la isla dorada, en la cual crecen las palmeras de africana belleza. Pero sintiendo cómo la poesía es un sacerdocio, un trabajo honesto de la inteligencia y la sensibilidad, lejos de voces que enturbian la íntima presencia del hombre frente a las cosas.

En este nuevo libro de Martán Góngora encontramos nuevos hallazgos. El poeta no quiere devorarse a sí mismo. Sino que va dejando en los acantilados, en la arena dorada de la playa lírica, estatuillas risueñas, blondas, sílfides, faunos, tritones, pero también seres de carne y hueso que lloraron muchas veces cuando los buques partieron, naufragaron las barcas, los amores tomaron forma de ala de gaviota en lentas y aciduladas despedi-

das. Olas que golpean el fatigado corazón. Rubias caracolas bajo cuya dura piel camina el mar con su crucifixión de delfines. Un mundo marino y submarino, con madreporas, y líquenes, muros que se deshacen, gobelinos de niebla.

Material poético casi ingrátido que el lirida maneja con consumada sabiduría. Con temblor, amor y patetismo. Sin buscar nada que no tenga resonancia en un mundo que aclara los ojos como las lejanías terrestres en las llanuras infinitas. Sin empalago. No exuda adjetivos este poeta, ni tampoco se mece —payaso acuático— en la línea de la cabriola. Su poesía sí que es verdadera y trascendente. Y desvela presencias y ausencias escarchadas, voces del corazón que se apagaron, en esa hora incierta y bajo esa luz de santoral de muchos paisajes que nacen del seno del mar. Leamos dos sonetos de alta calidad de esta **Casa de caracol**, mínimo palacio encantado, recoveco de las sirenas y lenta gota salobre de frustramiento sentimental.

*Voy a decir adiós a la ribera
en donde está mi corazón anclado,
con un blanco pañuelo arrebatado
al telar de la espuma marinera.*

*Vengo a decir adiós a la palmera
que canta bajo el cielo constelado
y a la isla que nombro enamorado
y que al final del éxodo me espera.*

*Voy a decir adiós a los esteros
que fueron los marítimos senderos
a través de los verdes litorales.*

*En este adiós a toda la belleza
sangra mi voz, ceñida de tristeza,
por la herida mortal de los corales.*

* * *

*Tras el nocturno azar de cada puerto,
en ti encontré la orilla prometida,
ribera del cantar y la florida
boca entregada al íntimo concierto.*

*Bahía de elección, tórrido huerto
por quien brota la savia de la vida
en esta primavera que convida
al rocío y al pétalo entreabierto.*

*Estoy en posesión de las felices
islas donde principia la hermosura
y las anclas son húmedas raíces.*

*Y en la cierta ufanía de quererte
he olvidado el olvido y la amargura
del mar y los navíos de la muerte.*

* * *

DEL PLAGIO Y DE LAS INFLUENCIAS LITERARIAS Y OTRAS TENTATIVAS DE ENSAYO—Lucio Pabón Núñez—Imprenta Nacional—Bogotá.

La Imprenta Nacional de Colombia acaba de publicar un nuevo libro de ensayos del escritor colombiano Lucio Pabón Núñez. Infatigable trabajador intelectual, parece que la política tropical, con todas sus tristísimas limitaciones, no ha logrado, contra lo que temíamos, diluir en pequeños menesteres la personalidad literaria de Lucio Pabón Núñez. Es un juego artero en el cual nos desollamos vivos los unos a los otros. Todo lo contrario de la tarea que la inteligencia, desde la época de Platón, ha asignado al hombre de Estado. Y naturalmente entre esas zarzas ardientes se quema la sensibilidad y se pierde una concepción seria y honesta, de lo que pertenece al mundo intemporal del espíritu. El largo ensayo de Pabón Núñez acerca del plagio y las influencias literarias, es original y valiente. Y sirve para orientarnos en forma seria en ese laberinto de imitadores y plagiarios a vela batiente de que se encuentra poblado el zoológico de la literatura universal.

Pabón Núñez demuestra en tan interesante estudio cómo muchas veces coinciden, casi literalmente, dos escritores, sin que haya existido influencia entre ellos. Y cómo otras se trata del plagio descarado, de la burla, en provecho propio, de los frutos del ingenio de otros intelectuales. Nosotros recordamos que hace algunos años Darío Achury Valenzuela, si no estamos equivocados, dio por publicar en el semanario *Sábado*, de Bogotá, una mortal doble columna que por poco nos deja sin escritores a los colombianos. Porque el plagio es tan antiguo como el mundo. Y devorarse el trabajo de otros hombres de pensamiento resulta muy cómodo para muchos simuladores de cultura. Que pasan a nuestro lado orondos y gordos como pavos por festividades navideñas. Por eso es delicioso este ensayo de Pabón Núñez, que ojalá lo lean con provecho muchos escritores de campanillas.

Trae el libro, además, algunos otros ensayos muy importantes que señalan la calidad de la obra del autor de este libro, su cultura de carácter universalista, su fidelidad a la vocación por la letras. Solamente quisiéramos insinuarle que no era el caso de recoger en este volumen algunas notas periodísticas volanderas sobre amigos del afecto personal del autor, pero que carecen de la importancia de Mauricio Barrés, Francis Thompson, Rafael Maya y Silvio Villegas. Las raíces comarcanas no pueden cegar la hermosura de otras praderas de ilimitados horizontes. Por lo demás Pabón Núñez es uno de los valores más serios de la inteligencia colombiana y de nuestro parlamento en un tiempo en el cual se han desvalorizado conceptos y textos que juzgamos muy anclados en el mundo del hombre colombiano.

POEMAS DE LA MUERTE—Jorge Gaitán Durán y
Eduardo Cote Lamus—Selección y prólogo de Andrés
Holguín—Ediciones “Tercer Mundo”—Bogotá - Colombia.

La experiencia de la muerte nutre y derrama su lenta ceniza de admonición en esta selección de poemas de dos jóvenes intelectuales colombianos, de la comarca de Santander, tempranamente desaparecidos en dos accidentes que segaron el hilo de sus vidas. La selección y las palabras liminares de Andrés Holguín, excelentes. En cuanto a la edición fue hecha con sumo gusto estético y demuestra cómo la empresa editorial está alcanzando en Colombia niveles de primerísimo orden.

La muerte ronda en estos poemas con su presencia o su ausencia. Con su resplandor o con su nocturno labio árido. Gaitán Durán andaba a la hora de la muerte, en la búsqueda de una cabal expresión para su arte exigente. También la duda era el páramo yerto por el cual atravesaba su afilada silueta de hombre testimonial. Porque había perdido el madero de la fe, “la dulce fe del carbonero”, que no permite sortear escollos y esperar tranquilamente a Dios sin que la áspera lija de la congoja destruya lo mejor de nuestra infancia vuelta memoria en la juventud. En cambio, Cote Lamus, fue siempre un cristiano ecuménico, con sentido universal del mundo. Pero siempre en busca de nuevas experiencias vitales que son conaturales con el escritor cuando no se limita a vivir en un horizonte cerrado, sin proyección hacia mundos lejanos. La muerte fue tema capital en la poesía de estos dos jóvenes liridas colombianos. El existencialismo, la razón de vivir para morir, la agonía unamunesca, el sudor de la crucifixión, el más allá como alabanza de Dios o como resurrección en el cáliz de una flor, tuvieron una búsqueda honda y apasionada, de parte de estos poetas que supieron claramente cómo la vida es apenas una experiencia, una antesala, un punto en el espacio, una línea en el horizonte.

Está bien que la poesía, y el poeta en general, se pregunte alguna vez sobre el destino de las palabras, de los hombres, de la lucha y la angustia y ronde en torno de enigmas que desvelan al hombre cuando la sensibilidad lo golpea hiriéndolo acerbamente. Porque la muerte tiene que estar presente en la investigación y hazaña del poeta, nuevo Prometeo condenado a ser encadenado en la roca de los odios, mientras el buitre le roe las entrañas. La muerte es la suma experiencia, la deslumbrante realidad. Todo lo demás es un tránsito, un pasar, un minuto en la gran vida del mundo.

Por todo ello, ha hecho bien la Editorial “Tercer Mundo” en recoger estos poemas de Gaitán Durán y Cote Lamus, como homenaje a quienes vivieron para la poesía y cayeron en la noche, abrazados a sus interrogaciones metafísicas.